

“Me importa un pepino tener arrugas”

Ana María Matute, una octogenaria con corazón de niña. Una vida dura de la que puede aprenderse mucho, que sufrió los avatares de la guerra durante la infancia y a la que el futuro deparó más tarde tantos sabores como sinsabores. La escritora se presenta, ante todo, como una persona optimista y vital, a sus 81 años, aún tiene proyectos.

Todo el mundo espera impaciente el momento en que la Académica comience su intervención, la conferencia inaugural de un encuentro en el que se han reunido unas 300 personas “mayores”, como ella, participantes de programas universitarios de toda España. El tema de la conferencia es un misterio aún, así como el formato de la misma, pero de cualquier manera, lo importante es escuchar la dulce voz de la escritora. Por fin sube a la mesa inaugural y es presentada al público. La conferencia será guiada por el catedrático de la Universidad de Almería Nazario Yuste, que hará las veces de entrevistador, pues Ana María desvelará durante una hora aspectos de su vida personal y literaria.

La segunda de cinco hermanos, de padre catalán y madre riojana, Ana María Matute procede de una familia burguesa acomodada. Confiesa que toda su vida ha sido cosa de “hadas” y “duendes”, desde su propio nombre, que le pusieron por el de su abuela y no por el hecho de que nació precisamente el Día de Santa Ana. “Le fastidié el día a mi familia”, comenta divertida, pues si hay algo que rebo-

sa en ella es el sentido del humor. Esta “magia” que rodea su vida se plasma también en su obra, además, comenzó a escribir muy joven, a los 5 años su primer cuento y a los 17 su primera novela, frutos de una imaginación desbordante. Revela que la magia se la crea su “propio ambiente”. “Yo era una niña tartamuda y solitaria, así que si mi pequeño mundo me rechazaba, me lo inventaba”.

Ana María quiere dejar claro al público que hubiera sido escritora de todos modos, sin ser una niña





Obra y Reconocimientos

“Un premio literario no te hace mejor escritor”. A pesar de haber consagrado su vida a la literatura, a Ana María Matute no le gusta hablar de premios. Avala su trayectoria una extensa obra de novelas y cuentos, a la que ha acompañado el reconocimiento no sólo del público, sino también de la crítica. Ana María Matute fue galardonada con el premio Nadal 1947 por *Los Abel*, premio Café Gijón por *Fiesta al noroeste* (1953) y con el premio Planeta por *Pequeño teatro* (1954), novela a la que siguió *En esta tierra* (1955). También recibió el premio de la Crítica y el Nacional de Literatura por *Los hijos muertos* (1958).

Más tarde escribió la trilogía *Los mercaderes*, integrada por *Primera memoria* (1959, otro premio Nadal), *Los soldados lloran de noche* (1964) y *La trampa* (1969), que tuvieron un gran éxito. Obtuvo el Premio Fastenrath de la Academia Española por *Los soldados lloran de noche* (1964). *La torre vigía* (1971) es la historia de un adolescente que debe iniciarse en las artes de la caballería. Sus relatos están reunidos en el volumen *Cuentos completos* (1978). En *Olvidado rey Gudú* (1996) describe mundos fantásticos e irreales.

Es autora de cuentos infantiles de tremenda belleza y sensibilidad, entre los que destaca *Sólo un pie descalzo* (Premio Nacional de Literatura infantil y juvenil 1984). Otras novelas destacables son *En esta tierra* (1955), *A la mitad del camino* (1961) y *Aranmanoth* (2000).

Estuvo nominada para el premio Nobel de literatura y en 1976, según la academia sueca, su candidatura era la que más pesaba junto a la de Aleixandre. Fue finalista del premio Andersen.

En la actualidad es la única mujer miembro de la Real Academia Española (desde 1996, correspondiéndole el sillón de la letra K), y la tercera mujer miembro en los tres siglos de vida de esta institución.



Nazario Yuste, Ana María Matute y Carlos Asensio

tartamuda y solitaria. “La escritora es un virus que va toda la vida contigo”, explica. Desde muy joven se da cuenta de que quiere dedicarse a eso de escribir, a pesar de que por aquellos tiempos las mujeres debían consagrarse a otros menesteres más “propios” del sexo femenino. Quizás por esta especial forma de ver la vida y por no ser precisamente una mujer “modelo” es por lo que sufre la censura con tan solo 23 años. En 1949 escribe *Luciérnagas* y en 1955 publica una revisión de la misma, aunque más tarde recuperara la primera. “No era una novela acorde con ciertas cosas”, explica la escritora. “Se trataba de una chica que se da cuenta de que no había aprendido nada en el colegio”.

No es que le hubiera gustado ser un chico, pero ciertamente “las niñas de entonces eran muy tontas”, comenta Ana María. Se “ineducó”, como ella dice, en las *Damas Negras* de Madrid, donde coincidió con Gloria Fuertes, aunque ésta estaba en el lado de los pobres, separada del de los ricos al que pertenecía Ana María. De la relación con sus padres, la Académica hace entrever que, sobre todo con su madre, no era nada buena. Un catalán y una riojana, aunque la escritora prefiere definirlos con estas palabras: “Mi padre podría haber sido hijo de Ulises y mi madre del Cid”.

Su hijo

Si bien en general la vida de Ana María Matute ha sido dura, llena de

momentos muy malos -pero también de otros muy buenos- existe un acontecimiento en su historia que la marca sobre manera. Así recuerda el momento en que la apartan de su hijo. Cuando Ana María se separa de su primer marido comienza una lucha para no perder a su amado hijo, pues en aquella época la custodia siempre se concedía al padre. Su suerte fue tener una suegra que era “una santa” y que le dejaba verlo cada vez que lo deseaba. Tuvo que esperar 25 años para que las cosas cambiaran.

La escritora ha pasado once veces por el quirófano. “He tenido una vida muy accidentada, he sufrido mucho, pero aquí estoy”, expresa orgullosa. “Al final, con voluntad, se sale de todo”, asegura. A pesar de la seguridad que se desprende de sus palabras, insiste en que es una persona muy insegura, a la que asusta, sobre todo, la muerte, no le gusta hablar de ella. Pero ante todo, Ana María es una mujer optimista, vital, a la que no frena su edad. “Me importa un pepino tener arrugas”, asevera. Las únicas arrugas importantes que dejan los años son las del corazón, las del alma.

Para ella, la vida transcurre entre momentos de suma felicidad y momentos “terribles”. Eso sí, señala con firmeza que “me niego a que lo malo permanezca sobre lo bueno”, y ésta es la mayor lección que quiere transmitir. Está acabando un libro y tiene pensado viajar el próximo año a Zimbabwe.